

Una huelga que afecta a todos

OTRA huelga susceptible de perjudicar el normal desenvolvimiento de la vida pública y doméstica en la provincia de Barcelona. El trámite de la huelga es legal y queda circunscrita a los conductores de vehículos de las agencias de transportes. Al parecer, el conflicto afecta a 26.000 trabajadores de unas dos mil empresas, lo cual, forzosamente repercute sobre una parte muy considerable de la distribución y reparto de mercancías de toda especie. O sea que son muchos los sectores de la industria y del comercio sobre los que se cierne la amenaza de seria perturbación, caso de que no se llegue a acuerdos entre las partes económica y social o cuando menos a fórmulas de negociación que permitan una reanudación del trabajo.

Sin duda, las autoridades competentes están alertas y tienen pensadas ya las medidas pertinentes, en caso de que el conflicto no tenga inmediata solución, sobre todo lo que afecta al abastecimiento de las poblaciones que no tienen por qué sufrir las consecuencias. Por de pronto, al parecer ya escaseaba ayer la gasolina en algunos surtidores, cosa que no debiera ocurrir en ninguna contingencia.

Merece la pena señalar que, hasta el momento de redactar este comentario, no se habían registrado serios incidentes, lo cual es un signo positivo que esperamos facilite la reapertura de negociaciones y evite mayores males a la gran mayoría de ciudadanos que ninguna culpa tienen de cuanto ocurre. Y noticias de última hora apuntan la posibilidad de que en el día de hoy las partes implicadas se sienten de nuevo en torno a la mesa de diálogo que es el lugar adecuado donde resolver los problemas laborales.

Modernizar los espacios libres

EL temporal del domingo agitó muchas esperanzas de fin de semana. La ración de sol dominical es hoy una necesidad a la que cuesta renunciar y que permite hacer frente con el ánimo renovado a la cada vez más grisante, gris y desagradable atmósfera ciudadana.

En Barcelona, como en todas las ciudades del Mediterráneo, tomar el sol es una vieja tradición. Pero los tiempos han cambiado y ya no se toma, como antes, paseando impecablemente vestidos y saludando a las amistades. La gente gusta de tenderse como los lagartos para recibir la caricia de un sol de consumo, de un sol democratizado, de un sol muy distinto a aquel que nuestros abuelos, vestidos de levita y sombrero de copa, llamaban románticamente el dios Febo.

En los grandes parques extranjeros la gente se tumba en el césped o en la arena al llegar la primavera. Aquí no somos afortunados. Las playas barcelonesas —cuántas ciudades hipotecarían sus finanzas para acercarse al mar!— no invitan a ser utilizadas con ilusión y alegría. Son más bien deprimentes, suburbiales, tristes. En cuanto a los espacios verdes, son escasos y poco adecuados para tenderse al sol. La foto que publicamos hoy en la primera página es un ejemplo de esta insuficiencia: los amantes del sol, algunos de ellos sin duda extranjeros, utilizan los parterres de la Plaza de Cataluña, que no fueron creados para este fin. Son un puro motivo ornamental.

Dentro de la parvedad de nuestros espacios verdes, tenemos dos parques de regulares dimensiones, pero que no sirven para los gustos de hoy: el de la Ciudadela y el de Montjuïc. Son lugares bellos, llenos de melancólicos rincones y de escondidos senderos para pasear, pero concebidos con mentalidad del siglo XIX. Se les nota el origen práctico de las dos exposiciones universales y la moda del tiempo. No son parques como los del Bois de Boulogne y Vincennes en París o Hyde Park en Londres. El polsón vence al short y el sombrero hongo a la camisa informal.

Playas y espacios libres abiertos, prácticos para las costumbres de hoy, podrían ser honrados objetivos municipales, nada triunfalistas y al alcance de todas las voluntades. Los tenemos. Falta solamente organizarlos y ponerlos al día.

Indiferencia o folklore

Una preautonomía más

DESPUES de muchas entrevistas, borradores y tira-y-aflojas, el Plenari de Parlamentaris ha conseguido que el Gobierno Suárez apruebe un decreto-ley estableciendo un régimen de «pre-autonomía» para el País Valenciano. ¿Hasta qué punto el hecho es importante? No sé yo, desde luego, quien regatee a los diputados y a los senadores locales la buena voluntad puesta en el empeño, ni la meritoria paciencia que han mostrado frente a la Administración Central remolona y displicente. Pienso que sí, que la concesión tiene su importancia: algo es algo, y menos da una piedra. De todos modos, no sé retener ni escepticismo ante ciertos floripondios verbales con que han calificado al decreto-ley algunos personajes de la «clase política» digamos indígena. «Es la revancha de la batalla de Almansa», dijo un prohombre de UCD, y se quedó tan pancho. «El acontecimiento histórico más decisivo de nuestros últimos doscientos cincuenta años», añadió un camarada del Partido Comunista, que debió de sentirse igualmente descansado tras evacuar la frase. Por lo que se ve, en un momento de afables «consensos» como es el actual, el consenso en las bobadas no podía constituir una excepción...

Y que conste que no me propongo hacer de aguafiestas. Ni tendría motivos para ello: entre otras razones, porque no hubo tal «fiesta», ni, por consiguiente, nada que aguar. Ni la hubo ni la hay. O sí: una, «la fiesta de las minorías», como observó justamente un diputado del PSOE. Explicaré la anécdota. El lunes 13, el Plenari, con la «pre-autonomía» otorgada, se reunió en público para declamar sus congratulaciones y manifestar sus buenos propósitos de futuro. El acto no se celebró como era lógico, en el venerable Palau de la Generalitat, hoy ocupado por la Diputación Provincial de Valencia, conocida tertulia ultrafranquista que, naturalmente, ve con malos ojos incluso esta tímida «pre-autonomía» suareciana. Sorprende que los parlamentarios victoriosos del 15 de junio no exigiesen, con el peso de sus votos, el lugar solemne que les pertenecía: ¿falta de imaginación, falta de energía? Mal señal, para empezar. Las estupideces sobre «la revancha de Almansa» y el «acontecimiento histórico» lo parecerían menos con sólo que la ceremonia se hubiese celebrado en la Sala de Cortes. Pero, a menudo, los «representantes del pueblo» se comportan como si no lo fuesen y, lo que es peor, como memos. El búnker se resistió a una mínima deferencia: es un irri hilarante para los «demócratas».

Y continúo con el relato. A los del Plenari les cedieron las dependencias de un edificio subalterno, y si ellos se conformaron, en el pecado llevarán la penitencia. Y será, me temo, un pecado original que marcará la supues-

ta «preautonomía». El tiempo lo dirá: Por lo demás, la asistencia popular fue menos que mediocre: un par de centenares de individuos, quizá trescientos. Que no eran exactamente «el pueblo», sino dos pequeños bloques radicalizados. Para abreviar: unos llevaban banderas barradas sin azul y otros las llevaban con azul, y con el azul rubioso de la «camisa nueva que tú bordaste etc...». La peripécia se desarrolló entre gritos agresivos. Curiosamente, los antagonistas no llegaron a las manos. Ni tiros ni troyanos estaban interesados en la «preautonomía»: unos, porque esperan más; otros, porque o no la entienden o no la desean. El guirigay fue penoso: por lo que me han contado testigos y por lo que vi en la televisión, el espectáculo daba ganas de reír y de llorar a la vez. Da esas ganas. Los parlamentarios, probablemente, quedaron cohibidos por el doble achuchón. No sé qué conclusiones sacaron. Por lo menos, tuvieron que sacar una: que la precaria «preautonomía» y sobre todo el próximo «estatut», tendrán la enemistad sistemática de la extrema derecha azulosa. Hasta la UCD, tan ambigua.

Mientras ocurrían los sucesos que resumo, yo estaba tomando unas cervezas en una terraza de un bar de la plaza todavía llamada del Caudillo. Llegaban noticias del altercado en torno al Plenari. Era, en efecto, «la fiesta (o la jerga) de las minorías». Porque las mayorías no parecía que se hubiesen enterado. En toda la ciudad de Valencia podían haberse contado con los dedos de una mano los vecinos que, al conocer el decreto-ley de la Preautonomía, pusiesen en su balcón una banderola cualquiera, para exhalar así su alegría cívica. No me fijé en lo que ocurría en los edificios oficiales, en los casinos, en los bancos, en los colegios profesionales, en las dependencias de la Mitra, tan atentas siempre al 18 de Julio... El 13 de marzo, Valencia, «cap i casal» ¿de qué?, ¿del Regne?, ¿del País?, si supo que de la Sènia al Segura comenzábamos a ser pre-autonómicos, se encogió de hombros. Y en comarcas sería lo mismo. ¿Indiferencia, pues? Me temo que sí. Ciertamente, hubo la manifestación masiva del 9 de octubre, cuya importancia nadie discute. Pero ¿era suficiente? Y sobre todo: ¿era suficientemente proautonomista? He expuesto ya más de una vez mi escepticismo acerca del particular.

Que en el País Valenciano existe un deseo difuso de «algo» que a la larga podría cuajar en una «autonomía», no hay duda. Que ese deseo sólo es militante y claro en un sector social muy determinado, es otra evidencia. Yo no sé si el Plenari de parlamentarios valencianos gestionó lo de la preautonomía por convicción o por no ser menos que sus colegas de Cataluña, de Euskadi, de Galicia o de

Aragón. El país es pequeño y todos nos conocemos: no es un secreto para nadie el grado de sinceridad «autonomista» de cada uno de los electos en el junio pasado. El saldo no resulta precisamente alentador. Por lo que suelen explicar cuando toman la palabra ante un periodista o en una tertulia, quizás en una conferencia, hay una cantidad de diputados y senadores muy elevada que, o no «creen» en la autonomía —es decir, ni la entienden—, o tienen de ella una idea pintorescamente folklorica. El caso es, sin embargo, que se han metido en el lío y han de responsabilizarse ante el Estado central, y más vivamente ante el pueblo valenciano, del compromiso adquirido con esa insignificante y casi ahogada «preautonomía» por Real Decreto. Uno pertenece al ramo de los «autonomistas» —provisionalmente, por supuesto— de verdad, y se alarma frente a la perspectiva de que el «Consell» preautonómico sea una institución hueca: una ficción. El actual momento valenciano no es la ridícula «revancha de Almansa» ni la restante grandilocuencia que los parlamentarios han derramado sobre el vacío. Es la modesta y arriesgada oportunidad de «tomar el tren» o de «perderlo». Y el problema del «Consell» preautonómico, en el País Valenciano, consistirá, exclusivamente, en lograr que los valencianos crean en la futura autonomía. Con lo cual volvemos al principio. El círculo vicioso se ha de romper en un punto u otro.

Que no puede ser sino el de la recuperación de nuestra «consciencia nacional», y lo que eso lleva consigo. Con la «descentralización» y el «regionalismo bien entendido» —¡Para ofrendar...!— se perpetuará la deterioración y la genuflexión automática de las multitudes autóctonas: del «pueblo». Los gallardetes democráticos, hasta ahora, si han vencido en las urnas, no es nada seguro que sepan qué hacer con el embrollo de la «autonomía». Darán paños de ciego para conseguir una «credibilidad autonómica». Corren el peligro de frustrarla. Y no me sorprendería que la frustrasen, entre tiros y troyanos. El próximo «Consell» se tomará en serio su función articuladora, excitante y nacionalitariamente agresiva, o se convertirá en un pitorreo colosal. Y el pitorreo es lo de menos: afectará al grupito de los parlamentarios. Lo probable es que, como consecuencia de esa hipotética dimisión o apatía «preautonómica», se disparen los radicalismos. Yo soy «radical» en este terreno, y no me asusta la eventualidad. Pero se perderá «un tren»: el inmediato. El «contenido» de la Preautonomía será nacionalista, o no habrá siquiera «preautonomía». Mi pesimismo es total.

Joan FUSTER

CARTAS DE LOS LECTORES

UN CONSUMIDOR SE QUEJA

Señor Director:
No voy a referirme a la plaga de atracos y robos con violencia que sufrimos, que de ellos ya se ocupa la prensa en general. A los que yo me refiero son los atracos y robos sin violencia que sufrimos los consumidores de todos los comerciantes en general, y en particular de los dedicados a la venta de productos alimenticios.
Es raro que en el transcurso de dos semanas no sufran la mayoría de los productos que venden un aumento de un 25 por ciento, estoy de acuerdo que algunos de ellos recién adquiridos haya experimentado una subida de precio de parte del mayorista, pero no todos los que aumentan sus precios relativamente bajos, por lo tanto resulta ilegal aumentar el precio de venta, ya que continúa subiendo los mismos a su antojo. Resultado, para el comerciante, mayor beneficio, pero siempre a cargo del pobre y sufrido consumidor.
En cierta ocasión un comerciante, al referirse a la subida de precios, no se lamentaba de ello, sino de lo caras que le resultaban las etiquetas por su continua renovación.
¿No sería posible que todos los artículos envasados llevaran impreso el precio de venta al público, y sin posibilidad de borrarlo, ya que en el mismo está calculado el beneficio del comerciante?
En fin, los consumidores ya podemos quejarnos, que si las autoridades no ponen coto a este abuso seguiremos sufriendo eternamente esta clase de atraco y robo autorizado.

M. SABATE

LA «VAGA DELS PAGESOS»

Señor Director:
Mucho me temo que en el diario de su digna dirección no se publique ninguna carta que haga alusión a la pasada «Vaga dels pagesos». ¿Motivos? ¡Yo que sé! Pero la realidad es esa, que ver publicada una carta en esta popular sección que se refiera a la agricultura se podrían contar con los dedos de una mano, que tenga cinco, por supuesto.
Es verdad que tenemos a un gran «Labrador» que habla en «La Vanguardia» de cosas de la tierra, pero sólo lo hace de su Galicia, y siempre en plan de gran y admirado escritor que para mí lo es; pero como «Labrador», como él se titula, no sé, pero tal como entendemos por aquí Cataluña eso, más bien creo debe ser un burgués.

Pues, bien, lo que yo critico de un diario como «La Vanguardia» que siempre busca información, que valga la pena, por supuesto, en cualquier lugar de la tierra con sus enviados especiales a miles de kilómetros, en cambio no mandó ninguno a cualquier lugar de estos puntos donde había concentraciones de pagesos con sus tractores, y que sólo estaban a unas decenas de kilómetros.
No digo que no nos informara de ello, si lo hacía, pero creo valía la pena que hubiese mandado a alguien para que se diera cuenta del ambiente, de la moral, del entusiasmo que allí se vivía y se respiraba entre jóvenes y maduros y entre hombres y mujeres. Y también hubiera podido explicar a sus lectores de lo que se hablaba y discutía en sus famosas asambleas, donde se habían dado cuenta que los pageses ya no lo somos tanto, que hay muchos bien preparados y dispuestos para sentarse en una mesa y discutir y elaborar con quien sea la profunda transformación que debe verificarse en la agricultura para salvarla. En una palabra, yo estoy convencido que allí ha empezado a ponerse en marcha esa transformación, movida por ese sindicato que se llama «Unió de Pagesos» y del cual estamos orgullosos.

José CABELLE VINEBRE (Prov. Tarragona)

PASEAR DESNUDO... BUENO, PERO NO LOS DEMAS

Señor Director:
Si al señor R. A., autor del artículo publicado el 12 de marzo, le parece tan natural y lógico que las personas puedan pasear desnudas por la calle, me permito recordar a dicho señor que nuestro refranero dice: «Obras son amores y no buenas razones», por lo que espero leer pronto al señor R. A. en el sentido de que tanto él como toda su familia paseen desnudos por la calle.
Entonces si estará de acuerdo con la sinceridad de sus argumentos.
Pero de capitanes Araña estamos un poco más arriba de la coronilla.

UNO VESTIDO... POR AHORA REVISION DE PENSIONES

Señor Director:
Se ha hecho público que a partir del mes de abril la ayuda que cobran los ancianos mayores de 70 años que no disfrutan de ninguna pensión ni tienen ingresos de ninguna clase, ni familiares que

los mantengan, pasará a ser de 1.500 pesetas a 3.000 pesetas mensuales.
Ya se han alzado voces diciendo que a pesar de haberse doblado la cantidad a percibir, el importe en cuestión no llegará tampoco a cubrir las necesidades de estas personas de avanzada edad y solas, a las cuales esta ayuda va destinada.
Por los casos que yo conozco, me atrevería a decir que tal vez la mitad de las personas que perciben esta ayuda viven con los hijos que los tienen a su cargo, y no deberían, pues, legalmente, cobrar dicha subvención.
Aprovechando, pues, este momento en que se dobla la cantidad a percibir, se podría, por quien tiene el derecho y el deber de hacerlo, llevar a cabo una investigación de cada caso y proceder luego a retirar la ayuda a quien la está cobrando indebidamente. De esta forma, aquellos ancianos que sí tienen derecho a cobrar esta ayuda por vivir solos y sin ningún ingreso, podrían quizá llegar a cobrar 6.000 pesetas, lo cual ya sería una ayuda más importante.

Juan GARRIGA

VERDAGUER Y EL «TEATRE LLIURE»

Señor Director:
En Barcelona tenemos un teatro —uno de los pocos que tenemos, desgraciadamente— que nació gracias a un equipo de buenos profesionales, concientes y preocupados por la gran miseria teatral de nuestra ciudad. En su escenario hemos podido ver una serie de obras francamente buenas, en general, y otros espectáculos de una gran dignidad profesional.
Nos estamos refiriendo al «Teatre Lliure». Por todo eso hemos de estarle agradecidos.
Pero el «Teatre Lliure» no abre sus puertas a todos. Y eso que puede parecer una buena medida para mantener un alto nivel de producción, no siempre resulta acertado. No hace muchos días se ha dado un caso que no sabríamos cómo catalogarlo.
La raposa Nuria Candela ha sufrido en propia carne el rechazo absoluto de su recital verdagueriano «En defensa propia».
Nuria Candela ha realizado un estudio profundo y sensible de Mn. Cinto Verdguer; su fortaleza cuando públicamente se defendía de las calumnias; sus íntimas angustias; su soledad; su fe; su amor por la Madre de Dios...
El espectáculo es bueno y Nuria Candela realiza un excelente trabajo. Así lo han reconocido los mismos que le han cerrado las puertas.

¿La razón? Mejor sería decir la excusa...: «el público habitual del Lliure acaso no vería con buenos ojos este amor de Verdguer a la Virgen...» «Dedebia arreglarse el espectáculo montando un Verdguer 78».
¡Un poco de seriedad, señores! Mossèn Cinto Verdguer era un personaje de su época y como tal debe ser respetado.
Y el «Teatre Lliure» que está orgulloso de su fidelidad a los autores, que tiene un gran respeto por los personajes, ha traicionado a su propio espíritu. ¡Lástima!

Montserrat AGELL - Mercè CUCURNY

ELOGIO A UNOS GITANOS

Señor Director:
Las repetidas manifestaciones en las Ramblas con sus carreras y molestas derivaciones nos ha obligado a los asiduos y pacíficos paseantes de aquella vía a cambiar de rumbo.
Y en nuestros paseos por otros sectores —Ronda de San Pablo y San Antonio—, hemos hecho un alto en una de las calles adyacentes llamada de la Cera. Es calle en forma de Y, cuyo tramo confluye con la de Hospital, es de difícil tránsito con exposición a posibles accidentes.
Al mismo tiempo, en el deambular por aquellos contornos, hemos podido apreciar el ambiente gitano de la citada calle, donde viven familias de auténtica estirpe que, como Peret, allí nacieron y allí arraigaron, incorporándose como eficaces cangilones a la noria simbólica del trabajo: curular familiarmente. Así me informaron de comercios ubicados en aquella zona, pertenecientes a estas familias.
Son gente pulcra, correctos, educados, que destacan por sus tertulias familiares en los bares situados en aquel sector.
Tertulias con charlas pluriilingüe, sin estridencias, entre catalán, castellano y algo de caló, pero con especial atención a su conversar, ausentes de los demas.
Ambiente simpático, con señorío, el de estos habitantes catalanes gitanos de la calle de la Cera, o «Gitanos Catalanes», que así se podría llamar esta calle con la anuencia de los restantes vecinos.
Y queda en pie la forma de organizar el tránsito de esta vía con la del Hospital, que es por donde habíamos iniciado estas notas.

Emiliano P. SAMPEDRO